



QUI QUÆRIT, INVENIT*

*A Edith Parteger, alias Ellis Peters,
en memoria y donaje.*

Todo el mundo cree que 1145 marca el adiós definitivo de fray Cadfael –herborista y médico jubilado de la abadía benedictina de Shrewsbury, en el condado de Shropshire–, como detective aficionado y resolutor de una veintena de crímenes de sangre, a lo largo de más de ocho años..., y no es cierto. En 1153, antes de retirarse definitivamente de la vida activa fuera de los muros

* Quien busca, encuentra (Mt 7,8)

del monasterio, cuando por fin todo el mundo daba por acabada la guerra civil que a lo largo de catorce años había asolado Inglaterra, el abad Radulfo le encomendó la misión de representarlo en el homenaje postremo a Bernardo de Claraval, que tendría lugar en la abadía de Eberbach, de la que fue refundador... Y así fue como, sin tener arte ni parte, fray Cadfael se vio compelido a investigar si había habido algo extraño en la muerte de la abadesa de Bassum, la malograda Richardis von Stade, asistente personal, alma melliza y favorita durante una década de la mística y primera abadesa de Rupertsberg, Hildegard von Bermersheim, más tarde conocida como Hildegard von Bingen. Pero empecemos por el comienzo: *quis, quid, ubi, cur, quomodo, quando...*

Corría el año 1153, cuando, a las caballerizas de la abadía de Eberbach, llegó un correo con un mensaje urgente dirigido a uno de los ocupantes del ala de invitados, el monje galés fray Cadfael. La misiva exhibía un sello ineludible –el del rey Federico de Hohenstaufen, *el Barbarroja*– y su contenido lo urgía a presentarse lo antes posible en el palacio de Ingelheim, a raíz de un asunto para el que precisaban de su ayuda.

Resulta que, de camino a la cita que tenía con el soberano de Alemania, la excelsa ricadueña se había enterado que, muy cerca del palacio, en Eberbach, se alojaba el célebre benedictino pesquisidor de cuya fama tenía nuevas por la resolución de un cúmulo de casos en apariencia insolubles y, sin pensárselo dos veces, había enviado un correo urgente al monarca barbirrojo para que le concertase una entrevista con él. La Sibila del Rin quería que fray Cadfael reabriese un caso que su corazón se negaba a cerrar: el deceso de Richardis von Stade, quien en 1151 la había abandonado al aceptar el cargo de abadesa del monasterio de Bassum que le había ofrecido su hermano Hartwig, preboste por aquel entonces de la catedral de Bremen, y que murió de repente el año siguiente, tras tomar la decisión de volver con su amada *mater et magistra* Hildegard.

Aunque, con 73 años, ya no estaba para muchas bromas, fray Cadfael no pudo negarse a tan excepcional requerimiento, ni tampoco el superior de la abadía que lo acogía como huésped, el cual al día siguiente ordenó que aparejaran un carruaje. Y así, con la venia abacial y acompañado de dos siervos, el monje negro más famoso de Shrewsbury emprendió el largo viaje: primero, hacia Ingelheim, para enterarse de los detalles de la encomienda de boca de la propia Profeta teutónica, y después, hacia Bassum.

Al llegar al monasterio más importante de Bremen, el solemne sello real le abrió todas las puertas y, al cabo de tres días, tan pronto como hubo interrogado a las monjas que habían

tenido alguna relación con la finada, fray Cadfael ordenó exhumar el cuerpo de Richardis, pese a las protestas del primado de la archidiócesis, avisado de urgencia por la antigua priora y nueva abadesa. Sin embargo, el benedicto galés no encontró nada de extraño, excepto que, después de casi un año de estar enterrados, los restos mortales de la joven se conservaban incorruptos y exudaban un agradable perfume de espliego y verbena.

Así pues, tras la necropsia, fray Cadfael concluyó que la causa del óbito de la veinteñal abadesa debía atribuirse, en principio, a muerte natural. No obstante, sus pesquisas tuvieron un inesperado desenlace; ya que, mientras estudiaba el cadáver de la joven, descubrió, cosido en uno de los bordes del hábito que la cubría, un pergamino doblado: la carta de un tal Sigmundo, secretario del arzobispo de Maguncia –asesinado en una emboscada, según le hicieron saber–, dirigida al papa Eugenio III, en que acusaba a su superior de negligencia en el ejercicio de sus funciones y de flagrante apropiación ilícita de los fondos de la Iglesia, y pedía al sumo pontífice que verificase los agravios alegados. Fray Cadfael envió la misiva al camarlengo papal y, gracias a las investigaciones que llevaron a cabo *in situ* los cardenales Bernardo y Gregorio, salieron a la luz un sinfín de corruptelas con tentáculos mil, detrás de las cuales había un mismo nombre: Enrique I, arzobispo y príncipe-electoral de Maguncia, y también archicanciller del Sacro Imperio Romano Germánico, quien rápidamente fue depuesto de sus cargos por el nuevo papa y sustituido por Arnolfo von Selenhofen.

Enrique Félix de Harburgo se salvó por los pelos de la prisión, al huir a Sajonia, donde feneció, de pena, en septiembre de aquel mismo año. En cuanto a Arnolfo, murió asesinado por una turbamulta la noche de san Juan de 1160... Pero eso ya es otra historia.

Texto: Encarna Sant-Celoni i Verger

Fotografía: Bruno Watieaux

(Del libro colectivo *XVIII Homenatge a la paraula. Una de lladres i serenos*. CEIC Alfons el Vell, Gandia, 2014.)